
**ARROW Y SEN:
EL RESCATE DEL INDIVIDUO
Y DE LAS INSTITUCIONES**

Freddy Cante

Estudiante del Doctorado en Ciencias Económicas
de la Universidad Nacional de Colombia.

Agradezco los comentarios de Alberto Supelano.

Resumen

Cante, Freddy, "Arrow y Sen: el rescate del individuo y de las instituciones", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 29, Bogotá, 1998, páginas 185-196.

La teoría de la elección social que proponen Arrow y Sen es una ruptura con los desarrollos hegemónicos de la microeconomía y de la macroeconomía en dos sentidos: rescata la diversidad de gustos y valores de cada individuo en oposición a los conceptos agregados; además, muestra que la conducta racional es quizás lo menos importante con lo que abre un diálogo con la economía institucional.

Abstract

Cante, Freddy, "Arrow and Sen: Rescuing the Individual and Institutions", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 29, Bogotá, 1998, pages 185-196.

The theory of social choice proposed by Arrow and Sen breaks with the hegemonic developments of microeconomics and macroeconomics in two senses: it rescues the diversity of tastes and values of each individual as opposed to aggregated concepts, and in addition it shows that rational behavior is perhaps the least important kind, which opens up a dialogue with institutional economics.

Al presentar sus ideas sobre la elección colectiva y el bienestar social, Amartya Sen expone sus diferencias con los pensadores utópicos que no estudian la factibilidad de los ideales sociales que pregonan, y con los economistas que rinden culto al purismo de la técnica: "Hay algo en común entre entonar canciones románticas sobre un país natal abstracto y realizar ejercicios de optimización para una sociedad con una función objetivo arbitraria" [Sen 1970]. Esta advertencia es, además, un signo de los profundos cambios que están ocurriendo en la teoría económica.

A lo largo del siglo veinte se define, con diversos matices, una visión de la economía en la que los actos descentralizados de los agentes económicos conducen a un equilibrio entre la oferta y la demanda globales. Jevons, Marshall, Edgeworth, Walras, Pareto, Arrow y Debreu consolidan el equilibrio general desde la microeconomía. Keynes, Kalecki, Lucas y Barro hacen diversas apreciaciones del equilibrio macroeconómico. En los mundos académico y laboral, el estudio de la economía gira en torno a *la micro* y a *la macro* como fuentes principales de modelos explicativos y predictivos.

No obstante, esas formas de abordar la economía son reduccionistas: para explicar los fenómenos sociales, abstraen al individuo recurriendo a la agregación. De acuerdo con Hayek [1974], la macroeconomía crea el sofisma de que todos los sujetos económicos pueden informarse de los agregados y, además, hacer los mismos cálculos mentales con los procedimientos lógicos que los economistas usan en sus modelos y esto constituye un grave obstáculo para entender la economía. Y en el caso de la microeconomía, el 'agente representativo', dotado de preferencias homogéneas y una racionalidad preestablecida por la teoría, siempre llega a un equilibrio predefinido desde el comienzo [Hayek 1976a].

Además, el equilibrio se entiende como una situación de bienestar social que corresponde a un óptimo de Pareto, es decir, que no se puede mejorar la situación de alguien sin perjudicar a otros. Sen rompe con quienes reducen el bienestar social a un óptimo de Pareto:

es peligroso centrarse exclusivamente en la optimalidad de Pareto. Una economía puede ser óptima en este sentido aun cuando unos estén nadando en la abundancia y otros bordeen la indigencia, con tal de que no pueda mejorarse a los indigentes sin recortar los placeres de los ricos. Si evitar el incendio de Roma hubiese hecho que Nerón se sintiese peor, entonces dejarle incender Roma sería un óptimo de Pareto [Sen 1970].

Por su parte, la teoría de la elección social (TES) se caracteriza por una sinceridad portadora de malas noticias. En su libro clásico, Arrow concluye que

Si excluimos la posibilidad de hacer comparaciones interpersonales de utilidad, entonces los únicos métodos para pasar de los gustos individuales a las preferencias sociales, que sean satisfactorios y que estén definidos para un amplio campo de conjuntos de ordenaciones individuales, serán impuestos o dictatoriales [1963].¹

Las soluciones extremas llevan a una destrucción absurda: optar por la dictadura para construir paraísos en la tierra sólo consigue crear sociedades que viven en el infierno [Hayek 1944] y cuando se defiende una libertad irrestricta para todos, nadie la consigue [Coase 1995]. Así, la famosa imposibilidad de Arrow es una invitación para quienes quieran estudiar la economía sin hacer abstracción de los individuos ni de la sociedad.

Aunque no se compartan muchas apreciaciones e ingenuidades implícitas en la TES, lo cierto es que Arrow y Sen se preocupan por el individuo concreto. Arrow —mediante su concepto de ‘estados del mundo’— y Sen —conjugando la ética y la economía— se refieren al individuo diverso, rescatan los gustos, valores y comportamientos singulares de las personas e insinúan que la racionalidad es apenas un componente del comportamiento humano.

1 Antes de la teoría de la elección social de Arrow, existía una visión utilitarista y cardinalista, defendida por Bentham, que afirmaba que la felicidad o la utilidad de los sujetos era comparable y agregable en un todo, llamado bienestar social. Luego, Bergson y Samuelson, en aras de la formalización, hablaron de ordinalidad y no de comparabilidad. Arrow, muy tímidamente, retorna a las comparaciones interpersonales. Sen adopta una comparabilidad cardinal de los ingresos en sus indicadores de pobreza y bienestar. No obstante, al incluir la libertad y la subjetividad de las personas, las percepciones individuales no son comparables, como insiste Isaiah Berlin [Mill 1995].

INDIVIDUOS NO TOTALMENTE ATOMIZADOS

Si la historia social se representa como un mapa lineal, se puede dibujar una recta con dos extremos: en uno de ellos están las sociedades regidas por códigos sagrados y jerarquizadas en torno a una autoridad discrecional. En el otro, las sociedades más liberales, con individuos autónomos que profesan sus creencias religiosas en la esfera privada, es decir, en las que los sujetos son soberanos para actuar y dueños de su carácter y sus talentos particulares.

En el primer extremo encontraríamos seres más gregarios, miembros de una familia o una comunidad primitiva en la que el bien común es una realidad tan palpable como incuestionable. En el segundo, individuos libres y egoístas, miembros de una sociedad tan compleja y extensa que el bien común o el bienestar social son una mera abstracción.² En el medio, está la zona gris o ambivalente,³ que se debate entre el intervencionismo y el liberalismo,⁴ y entre el colectivismo y el individualismo.

Por ser tipos ideales, los extremos sólo son modelos que deben contrastarse con el mundo real, con la zona ambivalente. El bienestar social y la justicia equitativa en una sociedad moderna son aspiraciones metafísicas y utópicas, y su búsqueda puede llevar a la dictadura, pues la igualdad ilusoria para todos se puede transformar en libertad para muy pocos: quienes persiguen un orden deliberado suelen suprimir las disidencias, y su nuevo orden lleva al caos y a la guerra [Hayek 1944, 1976]. Por su parte, el egoísmo extremo y la libertad sin ataduras son apenas situaciones transitorias en la vida de personas excéntricas o de algunos anarquistas. Para los demás, las elecciones cotidianas, aunque inspiradas en uno u otro extremo, son inseparables de un egoísmo no depredador.⁵

-
- 2 Una insinuación de esa tendencia, con otros matices, se encuentra en Arrow [1963]. En relación con la religión implícita del bienestar social, ver Stirner [1900].
 - 3 En la lógica binaria, propia de Occidente, los extremos no se mezclan. La lógica borrosa, inspirada en Oriente y en el budismo zen, concibe las cosas en conjunción y como mezclas que dan lugar a zonas borrosas [Kosko 1995].
 - 4 La religión ha sido un factor cohesionador de las sociedades y un limitante de la autonomía individual. En las sectas fanáticas, sus miembros son súbditos de sus creencias. Por su parte, la intromisión del Estado en la vida de las personas desembocó en los extremos estalinista y fascista.
 - 5 Aun en la historia natural y en la teoría de la evolución hay visiones tan disímiles como complementarias. Darwin entiende la competencia como un proceso que no se reduce al antagonismo del gladiador y que puede llevar a alianzas o simbiosis. Kropotkin afirma que recurrimos a la ayuda mutua cuando enfrentamos inclemencias ambientales [Gould 1993].

Si se superpusiera otro mapa lineal al anterior, encontraríamos que en el primer extremo —el de las sociedades regidas por el código discrecional de la mano visible— hay familias, hordas, tribus y sociedades cerradas en las que el bien común es tan cierto como la inexistencia del individuo. En el otro —el del liberalismo radical— hay una sociedad abierta y plural en la que proliferan los individuos y el bienestar privado es tan cierto como abstracto e inaprehensible el bienestar social. En la zona gris está la sociedad real, en la que coexisten comunidades primitivas, premodernas y modernas, se expande el individualismo y se amplían los ámbitos de intervención —de empresas, gremios, partidos religiosos y políticos— y de esa inverosímil abstracción que llamamos nación, patria o Estado.⁶

La sociedad universal, a la que se menciona con el nombre gaseoso de ‘humanidad’, es otra abstracción aún más vaga. No hay seres humanos puros, como tampoco individualismo ni egoísmo puros, pues las personas viven en sociedad, tienen una mentalidad gregaria condicionada por su cultura, la cual diluye el ego en procura del calor humano de comunidades objetivas o de idealizaciones colectivas. En consecuencia, no existen individuos totalmente atomizados [Coase 1995]; los individuos viven en una red de organización y de intercambios, con diversas combinaciones de poder político y competencia que condicionan sus decisiones y afectan sus resultados.

Arrow se inscribe en la tendencia liberal pero desconfía del mercado. Una vez demuestra que el equilibrio competitivo y el óptimo de Pareto no equivalen al mejor de los mundos posibles, y dejan por fuera las externalidades, la distribución del ingreso y la incertidumbre, propone una teoría de la elección social para abordar los problemas no resueltos. Su objetivo es encontrar uno y solo un ordenamiento social que recoja las preferencias individuales disímiles, al que llama función de bienestar social [Arrow 1963, 1972]. Su teoría es un intento de corregir los errores del mercado —mediante una o más reglas electorales de tipo racional— pero, ante todo, es una tentativa de establecer un bienestar que reconcilie a los individuos con el colectivo. Y esto lleva a construir una economía normativa [Sen 1970, 1987]. Cuando Arrow y Sen hablan de individuos se refieren a las personas ubicadas en la zona gris de nuestros mapas, con sus gustos, simpatías y valores, y con compromisos, puesto que son gregarios en algún grado.

6 Borges dudaba que mereciera respeto una ideología como el nacionalismo, que cambia con los colores del mapa y, peor aún, que al variar ocasiona guerras absurdas.

LA RACIONALIDAD, LO MENOS IMPORTANTE

Alejado del utilitarismo radical —para el que el bienestar social es la agregación de las utilidades individuales— y apartándose de la teoría neoclásica del consumidor y del agente representativo aunque insista en la hipótesis de racionalidad,⁷ Arrow rescata los gustos y valores de cada sujeto con el concepto de ‘estados del mundo’. Los individuos no eligen simples canastas de bienes sino estados del mundo [Arrow 1963, González 1998a]. Lo que Arrow no dice —quizá por su interés casi exclusivo en los axiomas— es que un estado del mundo es un ideal particular, cualitativo, subjetivo y endógeno. En este sentido más amplio, el término ‘estado del mundo’ indica que cada persona busca una sociedad específica —quizá la utopía— que la satisfaga: y la gama es tan extensa como las expectativas del sujeto acerca del régimen político, la distribución del ingreso, la asignación de recursos y los más nimios ritos personales y colectivos. Su carácter cualitativo y subjetivo significa que esta elección depende de los sentimientos de cada persona y que no se puede reducir a ordenamientos mesurables.

Las elecciones y motivaciones individuales también dependen del pasado personal (los estados del mundo se forman con la historia de cada cual) y no pueden determinarse ni ordenarse pues no son expectativas sujetas a parámetros exógenos ni a probabilidades objetivas —que son principios explicativos propios de los fenómenos físicos elementales—; pertenecen más bien al ámbito de la probabilidad cualitativa y de la incertidumbre radical propia de una sociedad que cambia en el curso del tiempo y se adentra en un futuro desconocido [Keynes 1936, Hicks 1987, Krepss 1995]. Además, en el cumplimiento de las expectativas de las personas influye la red de relaciones en que viven y los imprevistos que depara el tiempo: muy pocas cumplen sus deseos a cabalidad.

Las abstrusas nociones de bienestar, justicia, equidad y libertad varían de acuerdo con el estado del mundo de cada persona y de cada colectivo. Cada historia y cada vida generan expectativa propias y particulares. Don Quijote y Sancho Panza o Robinson Crusoe y Viernes comparten una misma aventura pero sus estados del mundo son diferentes y sin-

7 A la que entiende como un comportamiento de individuos egoístas y coherentes. El egoísmo racional se caracteriza por una conducta maximizadora: preferir más a menos. La coherencia significa que el individuo es un calculador lógico, característica que se representa mediante la transitividad de sus preferencias. Dadas las alternativas $x =$ “una renta vitalicia de un millón de dólares mensuales”, $y =$ “una beca para estudiar en Hollywood” y $z =$ “un cargo medio en la IBM”, un agente racional siempre prefiere x a y , y a z y x a z [González 1998b, y Serrano 1998].

gulares como la vida de cada cual. Asumir, hasta las últimas consecuencias, los estados del mundo significa aceptar que los valores se labran en mundos individuales. “Así pues, las reglas de la equidad y de la justicia dependen por completo del estado y la condición particulares en que los hombres están situados, y deben su origen y existencia a la utilidad que resulta para el público de su observación estricta y regular” [Hume 1751].

Sen analiza ese mismo tema y persiste en introducir juicios de valor básicos (aplicables en toda circunstancia) y no básicos (que varían con las circunstancias personales); la posibilidad de establecer juicios básicos permite hablar de criterios de bienestar y de derechos universales [Sen 1970], lo que implica que las personas comparten un conjunto de valores, por ejemplo, aceptar el respeto universal a la vida.

Otro mapa lineal, inspirado en Hume [1751], representaría las situaciones sociales, también con dos extremos tan dispares como el cielo y el infierno de Dante. En uno de ellos, el estado de celestial abundancia, la justicia es banal (por la opulencia total, el ocio y la total certidumbre o por la plena simpatía y compromiso entre las personas): ¿para qué repartir los bienes allí donde todos tienen más que suficiente? En el otro de privación infernal, la justicia es tan inocua como inútil (por la escasez, la improductividad del trabajo y la total incertidumbre o por la rapacidad y la malevolencia de las personas): ¿es criminal o injurioso un reparto igualitario de pan en una hambruna a la fuerza y con violencia? Y en la zona ambivalente está la diversidad de estados del mundo que dan lugar a la singularidad de cada persona y de cada sociedad.

Al analizar los estados del mundo en tanto expresión de las condiciones sociales y económicas de las personas se capta la pertinencia de los indicadores de pobreza y los índices de bienestar que se reconocen como un aporte fundamental de Sen [Royal Swedish Academy of Sciences 1998].

Inspirado en *La teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith, Sen subraya que los seres humanos somos egoístas, que tenemos valores éticos y simpatías. Enfrentados a problemas complejos y existenciales (¿qué es lo bueno para el hombre?, ¿cómo hay que vivir?) introducimos la ética en la economía. Si el hombre fuera un artefacto racional y calculador, sería, entre todos los seres, el más tonto y atomizado [Sen 1976, 1987]. Los valores y simpatías son producto del desarrollo de la cultura que genera instituciones no programadas; la razón no los comprende plenamente y rebasan lo que llamamos inteligencia [Hayek 1990]. Sin unos y sin otras —que corresponden a normas y comportamientos interiorizados y aceptados como reglas del juego social— careceríamos de ambientes propicios para cualquier mercado [Coase 1995, North 1995]: un punto en que coinciden la teoría de la elección social y las teorías institucionalistas.

La simpatía es una forma de sensibilidad y el interés por otros afecta el propio bienestar [Sen 1976], aunque pueda ser una forma de egoísmo; obtenemos prestigio y satisfacción emocional—e incluso reciprocidad sensual y afectiva— cuando ayudamos a otras personas. Pero no hay que olvidar que nuestra sensibilidad y nuestras emociones están en la base de las actitudes y comportamientos que nos permiten alternar con los semejantes y establecer normas elementales de convivencia, junto con la disposición a la comunicación y el intercambio. Además, en la sensibilidad intervienen los sentidos —vista, oído, tacto, gusto, olfato— y la inteligencia, interpersonal e intrapersonal [Restrepo 1994, Gardner 1990], que son atributos del hombre concreto de los que carece totalmente el autómata racional de las teorías racionalistas.

De otra parte, el compromiso obedece a valores altruistas. Ayudamos a otras personas aun a costa de nuestro bienestar y de la vida misma e independientemente de nuestras simpatías. Pero estos compromisos, que dependen de tradiciones culturales, morales y religiosas, imponen restricciones institucionales que evitan que las transacciones políticas y mercantiles degeneren en actos criminales: es inconcebible un contrato sin una tradición de confianza, los derechos de propiedad se violan permanentemente si no tienen legitimidad social y, obviamente, un profesional sin moral alguna no difiere mucho de un delincuente. No obstante, debido a las dificultades para inducir la cooperación altruista en el cuidado de los bienes públicos y evitar el comportamiento oportunista, se requieren compromisos contingentes y sujetos a la rentabilidad, como la compra y venta de votos que estudia la teoría de la elección pública [Cuevas 1998; Buchanan 1974, 1990].

Debería ser claro que las motivaciones guardan relación con los contextos sociales y culturales. Sen olvida que sólo un ser omnisciente tiene los atributos de simpatía y compromiso sin límites, y que hoy vivimos en un orden en el que el mercado es el mejor mecanismo para propiciar la cooperación impersonal. William Shakespeare mostró que la bondad sin límites de *Timón de Atenas* y el egoísmo depredador de *Ricardo III* culminaron en una tragedia porque estaban fuera de contexto: el primero pretendió introducir la filantropía en el mercado; el segundo asumió que todo tiene un precio y que se puede imponer el más bajo a los demás.

Aunque la simpatía y los valores sean decisivos para la civilización, su expansión y desarrollo serían imposibles, en la actualidad, sin el mercado [Hayek 1990]. El mercado es una institución que permite la coordinación de las acciones económicas de las personas en espacios cada vez más extensos, que ha propiciado el crecimiento de la población y, en algunas sociedades que promovieron el marco institucional adecuado, ha contribuido a erradicar la pobreza. El intercambio mercantil da lugar

a una cooperación fruto de las acciones de agentes independientes, así no la contemplen sus planes e intenciones egoístas y particulares. Aún ignoramos que el mercado no obedece a una racionalidad que produzca resultados deliberados, que el mercado es un juego sometido a reglas, que los juegos son supralógicos y que los teóricos de juegos abusan de la racionalidad calculista [Hayek 1976, Huizinga 1938].

En el mercado se juega como en *La lotería en Babilonia* de Borges [Cuevas 1998] y los hombres aceptan que los resultados sean un producto de algo más que su propia voluntad, fruto de la suerte, aunque, parcialmente, consecuencia de su esfuerzo y habilidad: es inevitable que unos ganen y que otros pierdan; lo interesante y extraño es que sus resultados son un aliciente para el cambio, un cambio que no puede evaluarse en el corto plazo pues es un proceso evolutivo de larga duración [Hayek 1974, 1976, 1990].

LLAMADO A LA MODESTIA INTELECTUAL

Sen advirtió que el bienestar social es un tema de estudio de diversas disciplinas, entre ellas la economía. Hoy es pertinente agregar que la teoría de la elección social no es el único instrumento teórico para solucionar la ‘imposibilidad de Arrow’ y establecer qué significa el ‘bienestar social’, más allá del término confuso y controvertido.

Para terminar, propongo reabrir el diálogo con otras vertientes de la teoría económica, a fin de superar las carencias propias de cada tradición y ampliar nuestra propia visión con los aportes de las demás.

Si se aceptara la advertencia de Coase —que la utilidad y el bienestar son aún una metáfora oscura, como el ‘éter’ de las antiguas ciencias físicas— sería razonable atender las razones del liberalismo político, expuestas por pensadores tan opuestos como Hayek y Berlín, para incorporar en la teoría los problemas relacionados con la libertad y las condiciones de la libertad de las personas —nadie mejor que el sujeto particular para conocer y decidir sobre su propia vida— y evitar en la práctica intromisiones indebidas en la vida particular de los individuos concretos mediante políticas que persigan resultados sociales uniformes y predeterminados, a cualquier costo.

Evitar el uso de términos totalizantes, como ‘política social’ o ‘bienestar social’, puesto que los vínculos interpersonales de un orden extenso están determinados por un ‘desorden organizado’ que no puede programar ninguna inteligencia individual: el proceso de evolución institucional dará lugar a ese orden donde el bienestar de las personas sea el resultado de la preservación de tradiciones como la simpatía y el compromiso y de la legitimidad de los derechos de propiedad. El respeto de los contratos

y la mejora de las transacciones mercantiles son temas que requieren más imaginación y creatividad de los economistas que se interesan en la ley —la normas formales— y en el mercado político.

Integrar las contribuciones teóricas y prácticas de la escuela institucionalista y de la teoría de la elección pública. La primera siempre se ha preocupado por los fundamentos institucionales y legales de la sociedad y del mercado y la segunda por los problemas de la relación entre lo público y lo privado. Conductas que parecen 'delictuosas', como la corrupción de los políticos responsables de las políticas públicas en nuestras sociedades de democracia delegativa se podrían neutralizar y suprimir con verdaderas transformaciones de las instituciones sociales y con un perfeccionamiento del mercado de votos y de leyes.

Proponer, desde la teoría, nuevas formas de elección y novedosas reglas electorales que capten la diversidad de individuos y grupos, y hagan frente a la incertidumbre para que evitemos el nuevo totalitarismo y reduzcamos toda forma de discriminación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arrow, J. K. 1963. *Social Choice and Individual Values*, Wiley, Nueva York.
- Arrow, J. K. 1972. "El equilibrio económico general: propósito, técnicas analíticas, elección colectiva", *Premios Nobel de Economía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- Arrow, J. K. 1974. *Economía de la información y el conocimiento*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Arrow, J. K. 1994. *Methodological Individualism and Social Knowledge*, Stanford University, Department of Economics, Stanford.
- Beccaria, C. 1990. *De las penas y las recompensas*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Borges, J. L. 1946. "Nuestro pobre individualismo", *Obras Completas 1923 a 1976*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1974.
- Buchanan, J. 1974. "Teoría económica de los clubes", Breit, William, *Microeconomía*, Editorial Interamericana, México.
- Buchanan, J. 1990. *Derechos de propiedad y democracia*, Colegio de Economistas de Madrid y Celeste Ediciones, Madrid.
- Buchanan, J. 1991. "La economía y las ciencias colindantes", mimeo.
- Cante, F. 1998. "Justicia, economía y conocimiento", mimeo, Doctorado en Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Coase, R. 1995 *La empresa, el mercado y la ley*, Alianza Editorial, Madrid
- Cuevas, H. 1998. *Proceso político y bienestar social*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

- Gardner, H. 1990. *Frames of Mind: The Theory of Multiple Intelligences*, Basic Books, Nueva York.
- González, J. I. 1998a. "Arrow: la elección, los valores y la ideología del mercado", *Cuadernos de Economía* 28, Bogotá, Universidad Nacional.
- González, J. I. 1998b. "Amartya Sen y la elección colectiva", *Cuadernos de Economía* 29, Universidad Nacional, Bogotá.
- Gould, S. J. 1993, "Brontosaurus" y la nalga del ministro, reflexiones sobre historia natural, Barcelona, Drakontos - Crítica.
- Kosko, B. 1995. *Pensamiento borroso*, Drakontos – Crítica, Barcelona.
- Krepss, D. 1995. *Curso de teoría microeconómica*, Parte I, McGraw Hill, Bogotá.
- Hayek, F. 1944, *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.
- Hayek, F. 1974. "La pretensión del conocimiento", *Premios Nobel de Economía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- Hayek, F. 1976. "Le mirage de la justicie sociale", *Droit, législation et liberté*, II, Presses Universitaires de France, París.
- Hayek, F. 1976 a, *Individualism and Economic Order*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- Hayek, F. 1990, *La fatal arrogancia, los errores del socialismo*, Unión Editorial, Barcelona.
- Hicks, J. R. 1987. *Causalidad en economía*, VII, Librería Editorial Tesis, Buenos Aires.
- Hume, D. 1751. *Investigación sobre los principios de la moral*, Aguilar, Buenos Aires, 1968.
- Huizinga, J. 1938, *Homo Ludens*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1968.
- Keynes, J. M. 1936, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Mill, J. S. 1995. *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid.
- North, D. 1995. *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Restrepo, L. C. 1994. *El derecho a la ternura*, Arango Editores, Bogotá.
- Royal Swedish Academy of Sciences. 1998. "Bank of Sweden Prize in Economic Sciences in Memory of Alfred Nobel, to Professor Amartya Sen".
- Sen, A. 1970. *Collective Choice and Social Welfare*, Holden Day, San Francisco, California.
- Sen, A. 1976. "Rational Fools: A Critique of the Behavioural Foundations of Economic Theory", *Herbert Spencer Lecture*, presentada en la Universidad de Oxford.
- Sen, A. 1987. *On Ethics and economics*, Blackwell Publishers, Oxford.
- Serrano, Edgar, 1998. "Hipótesis de racionalidad y comportamiento individual en economía". Mimeo. Doctorado en Ciencias Económicas Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Stirner, M. 1900, *L'unique et sa propieté*, P.V. Stock, París.